

El ángel del soldado herido en Crimea. Florence Nightingale en su Bicentenario 1820-2020

The angel of the wounded soldier in the Crimea. Florence Nightingale on her Bicentennial 1820-2020

O anjo do soldado ferido na Crimeia. Florence Nightingale em seu bicentenário 1820-2020

Manuel Solórzano Sánchez¹

¹Graduado en Enfermería. Osakidetza, Hospital Universitario Donostia, Gipuzkoa. Insignia de Oro de la Sociedad Española de Enfermería Oftalmológica 2010. SEEOF. Miembro de Enfermería Avanza. Miembro de Eusko Ikaskuntza / Sociedad de Estudios Vascos. Miembro de la Red Iberoamericana de Historia de la Enfermería. Miembro de la Red Cubana de Historia de la Enfermería. Miembro del Comité Editorial Nacional de la revista EGGLE. Revista de Historia de los Cuidadores Profesionales y de las Ciencias de la Salud. Miembro Consultivo de la Asociación Histórico-Filosófica del Cuidado y la Enfermería en México AHFICEN, A.C. Miembro no numerario de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. (RSBAP). Académico de número de la Academia de Ciencias de Enfermería de Bizkaia – Bizkaiko Erizaintza Zientzien Akademia. ACEB – BEZA. Insignia de Oro del Colegio Oficial de Enfermería de Gipuzkoa 2019. Sello de Correos de Ficción. 21 de julio de 2020.

Correspondencia: Remitirse al correo electrónico

Correo electrónico de contacto: masolorzano@telefonica.net

Cómo citar este artículo: Solórzano-Sánchez, M. (2021). El ángel del soldado herido en Crimea. Florence Nightingale en su Bicentenario 1820-2020. *Cultura de los Cuidados*. (Edición digital). 25 (Nº esp.). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2021.esp.04>



Recibido: 25/11/2020 Aceptado: 08/02/2021

RESUMEN

La mayoría de los héroes que conocemos son seres extraordinarios con poderes mágicos y una capa ondeando en sus hombros. Pero también existen héroes de carne y hueso, tan humanos como tú y como yo, que algunas veces se equivocan y otras aciertan a lo grande. Florence Nightingale fue una de ellas. Sus poderes fueron un gran

interés por ayudar a las personas enfermas, una voluntad de hierro para mejorar su cuidado y unas ganas increíbles de aprender. Gracias a ellos se convirtió en la primera enfermera de la historia y demostró al mundo que una buena atención a los enfermos contribuye a una mejor y más rápida curación.

Palabras clave: Florence Nightingale; Enfermería; Crimea; bicentenario.

ABSTRACT

Most of the heroes we meet are extraordinary beings with magical powers and a cape fluttering from their shoulders. But there are also flesh and blood heroes, as human as you and me, who are sometimes wrong and sometimes right big. Florence Nightingale was one of them. His powers were a great interest in helping sick people, an iron will to improve their care, and an incredible desire to learn. Thanks to them, she became the first nurse in history and showed the world that good care for the sick contributes to better and faster healing.

Keywords: Florence Nightingale; Nursing; Crimea; bicentennial.

RESUMO

A maioria dos heróis que encontramos são seres extraordinários com poderes mágicos e uma capa esvoaçante em seus ombros. Mas também existem heróis de carne e osso, tão humanos quanto você e eu, que às vezes estão errados e às vezes estão certos. Florence Nightingale era uma delas. Seus poderes eram um grande interesse em ajudar os enfermos, uma vontade de ferro para melhorar seus cuidados e um desejo incrível de aprender. Graças a eles, ela se tornou a primeira enfermeira da história e mostrou ao mundo que cuidar bem dos enfermos contribui para uma cura melhor e mais rápida.

Palavras-chave: Florence Nightingale; Enfermagem; Crimeia; bicentenário.

INTRODUCCIÓN

Florence Nightingale nació en Florencia en 1820, y recibió su nombre en honor a esa hermosa ciudad que la vio nacer situada a orillas del río Arno. Era la más joven de las dos hijas del Sr. William Shore, un acaudalado terrateniente hacendado de Embley Park en Hampshire, y Lea Hurst en

Derbyshire, condado cuyas tierras datan de épocas remotas.

El señor William Shore adoptó el nombre de su madre, la señora Nightingale, en el año 1819, fecha en la que heredó su fortuna. El señorío de Lea Hurst, donde Florence pasó la mayor parte de su infancia y juventud, data de la época del reinado del rey Juan I, quien en la primera mitad del siglo XIII erigió una capilla estratégicamente situada en el centro del distrito de Matlock, a unas dos millas del área de Cromford.



Imagen 1. Bicentenario de Florence Nightingale (1820-2020).

Florence Nightingale estaba hecha con otro molde. Soportar el dolor de los demás y hacer más llevadera su tristeza parecía ser algo natural en ella. El amor le hace a uno ser más capaz amar, y es en este ambiente donde crecieron el corazón y el alma de Florence; no repentinamente, sino poco a poco, como todas las creaciones de la naturaleza, como el proceso que hace que un capullo culmine en una preciosa flor. Florence Nightingale y su hermana dedicaron los siguientes años de su vida al

estudio y a viajar ocasionalmente al extranjero. Todos sabemos la tranquila rutina que una buena educación conlleva. Las dos hermanas estudiaron concienzudamente y se convirtieron en dos mujeres ilustradas y con amplios conocimientos en música.

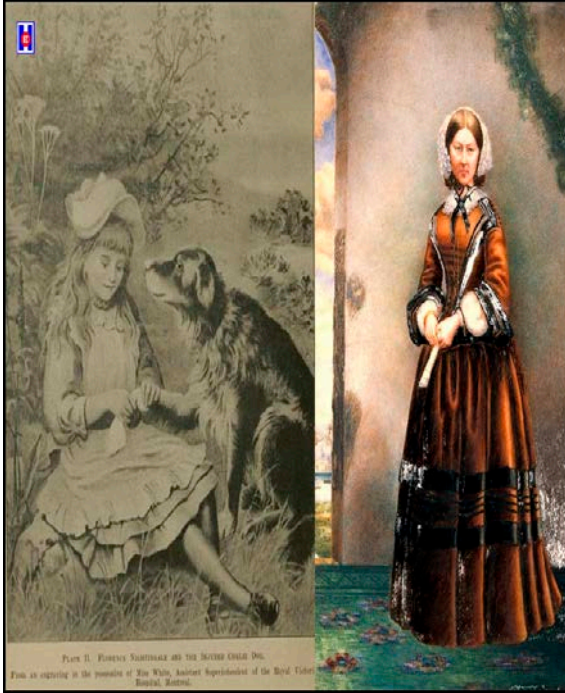


Imagen 2. Florence Nightingale de joven con Cap, curándole la patita.

Pero la sociedad, y me refiero a la sociedad puramente mundana, no guardaba ningún encanto para alguien con una naturaleza como la de nuestra heroína. Su moral era tan elevada que debió de haber experimentado un sentimiento cercano al dolor cuando entró en contacto con la realidad. Además, había en su carácter un amor natural por el trabajo, un deseo de entregarse a los demás.

Viviendo desde su más temprana infancia entre los pobres, se dio cuenta de cuán grande era su ignorancia en todos los asuntos domésticos y de su absoluta indefensión en tiempos de enfermedad. El intenso deseo de ayudarles hizo esta ignorancia aún más evidente para ella, y le permitió ver más claramente los efectos de la desdicha. Tomó entonces la determinación de remediar este

mal, y da testimonio del éxito de su misión toda una vida de entrega al prójimo.

Cuando contaba con 17 años, Florence anunció que, inspirada por una llamada divina, quería dedicarse a la enfermería, una decisión que suponía un desafío a las convenciones sociales vigentes en la época. Mientras a mediados del siglo XIX el papel de las mujeres se reducía al ámbito doméstico y por tanto al papel de ama de casa y madre, en aquella época Florence logró romper estas barreras sociales y se formó como enfermera.

Su sueño le granjeó la oposición familiar, sobre todo por parte de su madre y hermana, quienes se oponían a que se hiciera enfermera, así como el rechazo a la cantidad de pretendientes que tenía y que querían contraer matrimonio con ella.

Florence puso en práctica sus primeros conocimientos de enfermería con los necesitados de su propio condado. Pasó mucho tiempo visitando hospitales, estudiando su organización y dándose a conocer, en la medida de lo posible, con su disciplinado trabajo. De allí se dirigió a Londres, donde prosiguió sus investigaciones. Fue en este importante período de su vida cuando conoció a la Sra. Elizabeth Fry, cuya vida se acercaba al final. Elisabeth Fry había trabajado con dedicación en un ámbito aún más árido que el de Florence Nightingale, y su entrega era, sin duda, merecedora de una recompensa. Esta mujer de avanzada edad, cuyo eterno descanso estaba tan cerca, se sintió extrañamente atraída hacia su joven compañera, de quien le sorprendió su capacidad para desarrollar tan arduas labores. Existía entre ellas un vínculo de unión casi más fuerte que los lazos de sangre: el amor por la humanidad que sufre y sobre la cual Cristo estableció su primer y gran ejemplo.



Imagen 3. Florence Nightingale de joven.

Florence Nightingale fue una de las primeras personas conscientes de que, antes de enseñar a los demás, había que comprender la labor a desarrollar. Sentía la absoluta necesidad de adquirir un conocimiento práctico de las enfermedades, sabiendo diferenciar sus distintas fases y, así, encontrar la forma más eficaz de atender a los enfermos.

Después de pasar varios meses trabajando en hospitales de Londres, visitó los de Dublín y Edimburgo, prestando especial atención a todos los detalles de la vida hospitalaria. Más tarde viajó a Francia, Alemania e Italia, prosiguiendo las mismas investigaciones sistemáticas. No tardó mucho tiempo en darse cuenta de qué era lo que fallaba en el sistema sanitario inglés y en el cuidado de los enfermos. Desde tiempo inmemorial, en el continente habían existido sociedades cuyos miembros se dedicaban íntegramente al servicio de los hospitales o a asistir a los enfermos en sus propios hogares. No se les pagaba, sino que aquella labor era su vida y su religión. Eran los siervos de Dios y, como tales, sentían la obligación de servir a sus criaturas. Destacan en Francia e Italia las Hermanas de San Vicente de Paúl que, con

sus uniformes de color gris y cofias blancas, son las enfermeras reconocidas de los pobres, la salvación de todos los que necesitan ayuda.

En la Alemania Protestante encontramos a las Diaconisas, concretamente la institución creada por el Pastor Fliedner en Kaiserwerth, enfermeras especialmente instruidas para desempeñar su trabajo entre los enfermos y socorrer a los caídos.

Precisamente, lo que Florence vio en esta última congregación ejerció una fuerte influencia sobre ella. El espíritu del fundador estaba tan en armonía con sus propias ideas que creo necesario mostrar a nuestros lectores un pequeño bosquejo de la vida del pastor Fliedner, así como del maravilloso trabajo que realizó. Fue uno de los pioneros de la reforma social del siglo XIX y, como veremos más adelante, guía y mentor para Florence, quien estaba destinada a seguir una llamada suprema.

En 1849 Florence se inscribió como enfermera voluntaria en este lugar, ampliando sus conocimientos sobre enfermedades y asimilando hasta el más mínimo detalle todo lo relacionado con el sistema de enfermería.

Después de haber servido en Kaiserwerth hasta que adquirió pleno conocimiento, formación y destreza en su trabajo, fue a París y estableció allí su residencia con las Hermanas de San Vicente de Paúl.

La labor de esta comunidad se centra íntegramente en los hospitales y orfanatos. La experiencia adquirida en estos lugares hubo de ser muy grande, pero por desgracia cayó gravemente enferma, aunque ese contratiempo no le hizo cejar en su empeño de tratar al prójimo de una manera cálida y cercana, gracias también en parte al dedicado cuidado que las Hermanas le ofrecieron hasta su total recuperación.



Imagen 4. Florence Nightingale.

En 1851 después de estar formándose durante cuatro meses, plasmó sus vivencias en su primer trabajo publicado, aunque de forma anónima titulado: *La Institución de Kaiserswerth del Rhin, para la formación práctica de diaconisas*.

Pero fue con su destreza y su buen hacer que Florence resurgió en la Guerra de Crimea, donde su contribución y su formación, fue valiosísima para recuperar a los heridos y enfermos que estaban en unas condiciones lamentables. El sábado veintiuno de octubre de 1854, justo una semana después de que Florence hubo hecho su generoso ofrecimiento, el grupo de enfermeras a su cargo estaba ya constituido:

Diez Hermanas Católicas de la Misericordia, (Hijas de la Caridad), 8 de la orden fundada por la Srta. Sellon,, 6 del Hogar de San Juan, 3 seleccionadas por la mujer que inició el proyecto, 11 seleccionadas entre las demás solicitantes: total 38. Ese mismo día el Sr. Herbert anunció desde la Oficina de Guerra que la Srta. Nightingale y su personal de treinta y ocho enfermeras saldría esa misma noche hacia Scutari. Partirían el día veintiséis desde Marsella con destino a Constantinopla

en el Vectis, un barco de vapor de la Compañía Peninsular, generalmente empleado en el transporte del correo de la India. La llegada se estimaba el cuatro de noviembre. El Sr. y la Sra. Bracebridge acompañaron a la Srta. Nightingale, así como un clérigo y un guía.

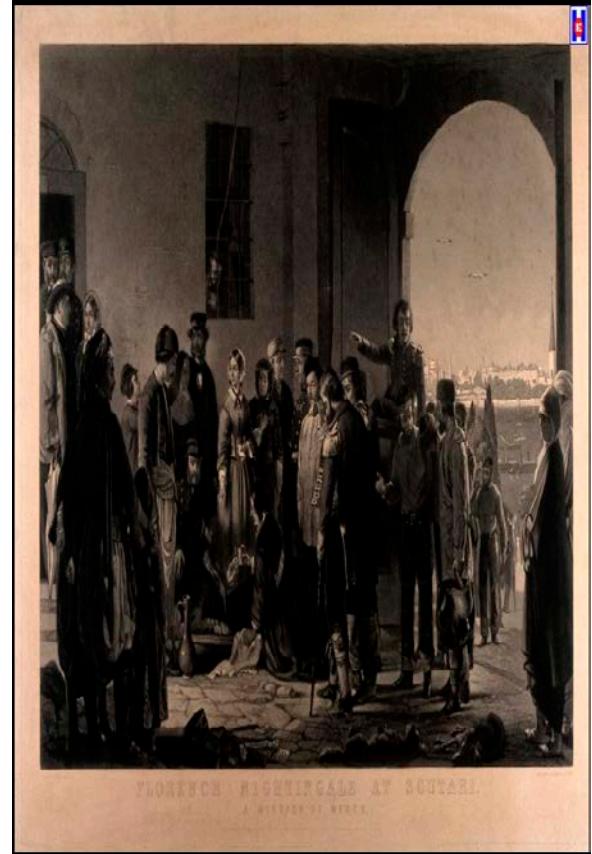


Imagen 5. Llegada de Florence Nightingale a Scutari.

Resulta difícil de imaginar las ventajas que esta nueva obra aportó a un lugar que hasta la fecha había carecido de tales facilidades. Además de esto, desde su humilde habitación, Florence organizó un sistema de pedidos de provisiones como vino, brandy y ropa que podían adquirirse al momento y sin problema alguno. Cuando no se dedicaban al cuidado de los enfermos, las hermanas estaban ocupadas en la distribución y arreglo de los colchones y almohadas dispuestas para facilitar el reposo de los soldados mutilados. Su siguiente obra fue la de alquilar un lavadero para la desinfección y correcta limpieza de la ropa

Cultura de los Cuidados

de los enfermos, cuestión ésta de vital importancia, ya que, a menos que la ropa se limpiase a fondo, resultaría un importante foco de contagio de la erisipela.

Nada de lo que podía en modo alguno ayudar a paliar el dolor del que sufre era omitido por esta maravillosa mujer, cuya compenetración con los necesitados fue tan grande que se podría pensar que ella misma había soportado los dolores que trataba de calmar tan delicadamente.

Ella tuvo que considerar diversos asuntos, aceptar ayuda, así como en ocasiones también negarse a ella, y su opinión era solicitada en diversos campos a pesar de las desconfianzas a las que fue sometida. Pero trabajaba a un ritmo constante en el nombre del Señor y no en el suyo propio. Varias de las enfermeras que la habían acompañado tuvieron que volver a sus casas, víctimas de una enfermedad o por su incapacidad para desarrollar tan ardua tarea, siendo prontamente reemplazadas. Nuevos destacamentos de enfermeras fueron enviados desde Inglaterra a través de la Srta. Stanley para el trabajo en otros hospitales como los de Balaclava, Esmirna o Kululu. El ejército sufrió de forma constante no sólo por las heridas producidas en la batalla, sino también por las terribles consecuencias de las heladas, la disentería, el cólera y otras muchas dolencias a las que estaban expuestos.

El personal médico también estaba agotado. El Sr. McDonald, corresponsal de The Times escribe muy apenado:

En el cuartel militar del hospital apenas queda personal de segundo orden. El Dr. Summers está muy enfermo, y el doctor Newton, lamento decirlo, ha muerto. Al igual que el pobre Struthers, él también ha caído víctima del agotamiento producido por el fervor con el que desempeñó su labor. También en su caso se trata de una fiebre poco común y, de hecho, se está extendiendo

tan alarmantemente en estos momentos que resulta insólito que más gente no se vea afectada. Puede resultar consolador para los amigos de Newton y Struthers saber que, en sus últimos momentos, fue la Srta. Nightingale quien les atendió y cerró sus párpados en el lecho de muerte.

¿Qué mayor elogio podría recibir una mujer con una presencia tan tranquilizadora para los que sufren y quien, además, los acompaña en sus lechos de muerte hasta los últimos minutos de sus vidas? El corazón angustiado de una madre o de una esposa se veía reconfortado por el pensamiento de la atención prestada a sus seres queridos en esos últimos momentos; sabedores, al mismo tiempo, que las almas que abandonaban este mundo iban a la casa del Señor con la voz de una mujer susurrándoles una oración al oído y calmando sus doloridos cuerpos. El trabajo prosiguió sin cesar y, en menos de dos meses, el nombre de Florence Nightingale era un nombre común en los hogares; un nombre que nunca se olvidaría. Ella sabía que su gentil presencia en las salas de enfermos había aportado bienestar. “*Verla pasar me hace feliz. Hablaba con todos nosotros*”, dijo un pobre enfermo en una carta a sus familiares, “*y asentía sonriendo a muchos más, pero no podía hacer lo mismo con todos por la cantidad de trabajo que tenía. Somos cientos los que estamos aquí, pero hemos podido besar su sombra según pasaba junto a nosotros y volver a reposar nuestras cabezas en la almohada sintiéndonos reconfortados*”.



Imagen 6. Alexis Soyer sentado fumando un puro, mientras Florence atiende a un herido.

En los alrededores del hospital se encontraba la mayor de las inmundicias. Florence contó en un día hasta 6 perros en estado de descomposición yaciendo bajo las ventanas. Esto fu suficiente para provocar fiebre, pero si tenemos en cuenta que el agua era impura, además de otras precariedades, apenas podemos sorprendernos ante la terrible tasa de mortalidad. Tan mal mantenido y tan atestado de gente se hallaba el hospital que, según se nos dice: *“los enfermos, por si tuvieran poco, se veían atormentados por toda clase de bichos, y las ratas se ensañaban con los más débiles”*.

Había saqueos en los almacenes, los médicos no daban abasto para mantener el orden. Los pacientes que deberían haber comido ayunaban, y los que deberían haber ayunado, comían. Desde el mes de junio de 1854 hasta 1856, cuarenta y un mil hombres fueron ingresados en el hospital del Bósforo y, de ellos, cuatro mil seiscientos murieron, todo esto mientras la Srta. Nightingale se encontraba en Scutari. Los primeros siete meses la mortalidad era del sesenta por ciento, lo que superaba las cifras que se habían dado en Londres durante el cólera.

Según un paciente del hospital, Florence Nightingale *“dejaba a un enfermo para atender a otro”*. Cómo hizo frente al cansancio mental y físico es simplemente asombroso. *“Las Nightingales”*, como ella y su grupo de enfermeras eran llamadas, *“han salvado muchas vidas”*, según más de un paciente escribía a sus familiares; y ¡cuántos corazones llenos de ansiedad sentían alivio al escuchar las sencillas palabras que estas maravillosas mujeres les dedicaban! Gracias a la influencia de la Srta. Nightingale, sus incesantes peticiones y súplicas a los altos cargos, el hospital de Scutari sufrió una notable transformación y su organización mejoró de tal manera que ella misma declaró antes del final de la guerra que no podía concebir nada mejor. A través de estas mejoras sanitarias el ejército inglés, que sufrió tan gravemente al comienzo de la campaña, se mantuvo prácticamente exento del tifus que asoló al ejército francés. De hecho, durante los últimos seis meses la mortalidad fue menor que en la Inglaterra de la vida cotidiana.

La Srta. Nightingale es tan inseparable de su trabajo, que es imposible hablar con ella a título individual. Sus pensamientos y sus sentimientos no son interpretados por palabras, sino por acciones. Esos largos y oscuros pasillos, muchos de los cuales se encontraban en mal estado antes de su llegada, reflejaban ahora comodidad y eran invadidos por un aire de bienestar, con grupos de hombres reuniéndose alrededor de las estufas a leer, hablar o fumar. Las despensas para los soldados y oficiales estaban bien abastecidas, pero la verdadera dicha se hacía palpable cuando las enfermeras de la Srta. Nightingale se encargaban de cocinar. El Reverendo J.G. Sabin, uno de los más dedicados capellanes del ejército, escribe:

Uno se encuentra a menudo con inmensos tazones de arrurruz, sagú, caldo y otros

apetitosos alimentos. Todos los hombres que necesitan alimento son, previa supervisión de los oficiales médicos, satisfactoriamente abastecidos, lo cual facilita la labor de los facultativos, por lo que me siento sinceramente agradecido.

Y todo esto gracias a una inteligente mujer de gran corazón; ni siquiera todo el oro del Banco de Inglaterra podría haber logrado tal transformación. De buena gana se le proporcionaba todo lo que necesitaba, empleándolo juiciosamente. El amor y admiración que inspiraba era algo casi prodigioso. Esencialmente es a través de otras personas que conocemos la labor de esta mujer, siendo ellas testigos de la influencia que su obra tuvo en sus contemporáneos. Una influencia que resulta quizás ahora más evidente que cuando empleó por primera vez aquellos dones que le habían llegado de Dios y que ella, lejos de desatender, puso en práctica por el bien de sus hermanos logrando un éxito que nunca habría imaginado. El Sr. Macdonal, corresponsal de *The Times*, dedicó unas palabras a la Srta. Nightingale justo antes de regresar a Europa desde el foco del conflicto, no pudiendo abstenerse de mostrar su admiración por esta mujer y su trabajo.

Después de comprobar el creciente ritmo de trabajo en el hospital, la terrible mortalidad y la devoción y entrega del personal médico, decía:

Allá donde hay una enfermedad en su etapa más severa está presente esta incomparable mujer, siendo su benevolente presencia una inmejorable influencia para la comodidad del moribundo incluso cuando éste lucha por aferrarse a sus últimos momentos de vida. Sin ser una exageración, ella es un “Ángel de la Guarda”; con su forma esbelta se desliza silenciosamente a lo largo de cada pasillo, una expresión de bienestar inunda las caras de todos los pobres hombres que la ven pasar. Cuando todos los médicos se han

retirado por la noche y el silencio y la oscuridad se han establecido sobre los miles de enfermos postrados, se le puede ver haciendo rondas nocturnas portando una pequeña lámpara en su mano. La opinión popular no se equivocó cuando fue aclamada como una heroína al establecerse en Inglaterra para llevar a cabo su misión de misericordia; confío en que conserve tan elevado título. Nadie que haya observado su frágil figura y delicado estado de salud puede evitar tener dudas sobre el éxito de su misión, mas estas dudas se disipan al observar en ella el corazón de una verdadera mujer y los modales de una dama, una actitud refinada por encima de la mayor parte de las mujeres y una perfecta combinación de sorprendente serenidad, rapidez de decisión y carácter. He dudado en hablar hasta este momento porque sabía bien que ninguna alabanza por mi parte podría hacer justicia a sus méritos, temiendo asimismo que se malinterpretaran ciertos hechos, como la franqueza con la que siempre ha aceptado la ayuda proveniente de los fondos que se le ha ofrecido. Ya que esa fuente de abastecimiento se encuentra ahora casi agotada y mi misión se acerca a su fin, puedo expresarme con mayor libertad sobre este tema; y puedo afirmar que, sin la figura de la Srta. Nightingale, sus soldados habrían encontrado escaso refugio y consuelo en el hospital, viéndose además rodeados por las incomparables miserias que una guerra conlleva.



Imagen 7. Florence Nightingale en el Hospital de Scutari.

El segundo equipo de enfermeras, cuarenta y siete en total, enviadas el dos de diciembre.

2 del Hogar de San Juan,

10 Señoras protestantes,

20 Enfermeras selectas del Hospital, protestantes,

15 Hermanas de la Caridad, católicas.

Recuento total del primer y segundo grupo de enfermeras: ochenta y cinco, de las cuales sesenta eran protestantes y veinticinco Católicas Romanas. Las acusaciones, por lo tanto, parecen carecer de consistencia. Sin embargo, siguieron apareciendo durante cierto tiempo en algunos periódicos muchas opiniones malintencionadas, provocando un intenso dolor para los que la apreciaban y entendían la pureza de corazón con la que había realizado el trabajo sin reparar en otros asuntos. Cómo se sentía ella con respecto a todo esto es difícil de determinar. Como de costumbre, se mantuvo en silencio, realizando su trabajo y dejando que sus compañeros prosiguieran con la defensa de su causa. Enfrentándose a diario, casi a cada hora, con el sufrimiento y la muerte, tal rencor debió de haberle parecido

verdaderamente insignificante, ya que no tenía tiempo para detenerse en nimiedades.

Con mil enfermos que cuidar, y acompañando a treinta o cuarenta moribundos por día hasta sus últimos momentos, ¿cómo iba a pensar en ella misma? Aceptó muy agradecida la ayuda de pastores Presbiterianos y de las enfermeras. Su propio equipo original se encontraba debilitado; había mermado a causa, principalmente, de la mala salud. Tres Hermanas, tres enfermeras y cinco monjas tuvieron que regresar a sus hogares, pero otras tantas vinieron a cubrir sus vacantes. El juicioso poder de decisión de la Srta. Nightingale permitió la rápida selección de las candidatas más eficientes prestando especial atención a sus aptitudes, seleccionando a aquellas que demostraban estar más capacitadas para afrontar tan dura tarea.

Para las que no tenían experiencia en labores similares y nunca habían recibido formación hospitalaria, acostumbrarse a la estricta obediencia a las órdenes y al trabajo constante debió de resultar verdaderamente difícil; mientras que las monjas católicas poseían estos extraordinarios dones de manera innata. A la vez que tantos y tantos hombres caían enfermos a su alrededor, esta delicada mujer de naturaleza entrañable parecía estar dotada de un don sobrenatural. Siempre estaba en su lugar, con una actitud sosegada y serena y su dulce voz musical que dictaba las órdenes necesarias o hablaba de manera reconfortante. Prestando la atención necesaria, nada le resultaba demasiado pequeño o insignificante, y toda su alma estaba plenamente entregada a su trabajo. En menos de un año, el nombre de Florence Nightingale se había extendido de tal modo que era común escucharlo en todos los hogares. Todo el mundo, incluso la más humilde campesina, cuyo marido, hermano o ser querido se encontraba en la guerra, la tenía en la más alta consideración, a menudo

Cultura de los Cuidados

sintiendo que sus seres queridos corrían menos peligro y se encontraban más seguros al ser atendidos por esta dedicada mujer. Muchas fueron las cartas que Florence recibió de esposas y madres ansiosas por saber y, tan a menudo como podía, trataba de reconfortar y fortalecer aquellas almas desoladas escribiéndoles unas líneas.

Antes de que Florence Nightingale abandonara el escenario de sus labores, dejó su sello con una señal eterna. En las alturas de Balaclava, donde la valentía y heroísmo ingleses habían brillado tanto ante toda Europa, Florence hizo erigir una enorme cruz sobre la cual fue inscrito: *Señor, ten piedad de nosotros*. Desde el momento de su regreso a Inglaterra, después de la campaña de Crimea, la vida activa de la Srta. Nightingale se podía considerar concluida. Desde entonces se mantuvo confinada en su habitación, a veces incluso durante semanas. Pero a pesar de su debilidad física, su espíritu y su corazón se encontraban aún dispuestos a continuar el trabajo que había comenzado. En la medida de lo posible, seguía trabajando desde su sofá, respondiendo a las numerosas cartas que continuamente le llegaban. Un asesor que trabajaba para ella decía: *La Srta. Nightingale apenas dispone de diez minutos al día para su descanso*.

La mujer de la lámpara. Con estas palabras es como Florence Nightingale pasará a la posteridad. En esta misma entrada, ocupando la pared central y ante la inscripción ya mencionada, se encuentra su último donativo de Navidad para el hogar, un lema con las siguientes palabras:

*Que las manos que trabajan y los ojos que ven,
Reciban la sabiduría del amor celestial,
Los enfermos, los débiles y los fuertes
Te elogiarán por siempre, Señor.*

El 13 de agosto de 1910, Florence Nightingale cerró sus ojos y se durmió para despertar en ese otro mundo que su alma

había ansiado en aquellos últimos años de su vida terrenal.



Imagen 8. Florence Nightingale.

Florence conocía el corazón de la gente, sabía cómo la querían, cómo la aclamaban para que permaneciera eternamente entre ellos, pero ella se preocupaba por su propia gente y el hogar de su infancia. Yacer junto a sus padres, alejada del mundo ruidoso, en el campo, es lo que más deseaba. Y tan solemnemente hizo saber este deseo, que se le respetó hasta su muerte, y Londres la dejó ir.



Imagen 9. Manuel Solórzano en el monumento a Florence, Londres.

BIBLIOGRAFÍA

Rubio-Pilarte, J., & Solórzano-Sánchez, M. (2010). La amiga del soldado herido. Florence Nightingale, *Enfermería Avanza*. Recuperado de <http://enfeps.blogspot.com/2010/12/la-amiga-del-soldado-herido.html>

Rubio-Pilarte, J., & Solórzano-Sánchez, M. (2011). Victorianos Eminentes (Parte primera), *Enfermería Avanza*. Recuperado de

<http://enfeps.blogspot.com/2011/02/victorianos-eminentes-parte-primera.html>

Rubio-Pilarte, J., & Solórzano-Sánchez, M. (2011). Victorianos Eminentes (Parte segunda), *Enfermería Avanza*. Recuperado de

<http://enfeps.blogspot.com/2011/03/victorianos-eminentes-parte-segunda.html>

Expósito-González, R., Rubio-Pilarte, J., & Solórzano-Sánchez, M. (2012). Florence Nightingale. *Enfermería Avanza*. Recuperado de

<http://enfeps.blogspot.com.es/2012/08/florence-nightingale.html>

Expósito-González, R., Rubio-Pilarte, J. & Solórzano-Sánchez, M. (2014). Florence Nightingale. Mujer Inmortal, *Enfermería Avanza*. Recuperado de <http://enfeps.blogspot.com.es/2014/05/florence-nightingale-mujer-inmortal.html>

Rubio-Pilarte, J., & Solórzano-Sánchez, M. (2015). Alexis Soyer: El Colaborador de

Florence Nightingale en Crimea, *Enfermería Avanza*. Recuperado de <http://enfeps.blogspot.com.es/2015/01/alexis-soyer-el-colaborador-de-florence.html>

Solórzano-Sánchez, M. (2020) Florence Nightingale Bicentenario 1820 – 2020. Florence Nightingale en la prensa española. *Enfermería Avanza*. Recuperado de <https://enfeps.blogspot.com/2020/01/florence-nightingale-bicentenario-1820.html>

Solórzano-Sánchez, M. (2020). Florence Nightingale en la revista española “HOLA”. *Enfermería Avanza*. Recuperado de: <https://enfeps.blogspot.com/2020/01/florence-nightingale-en-la-revista.html>

Solórzano-Sánchez, M. (2020). La Amiga del soldado herido en Crimea. Florence Nightingale. *Enfermería Avanza*. Recuperado de

<https://enfeps.blogspot.com/2020/02/la-amiga-del-soldado-herido-en-crimea.html>

Solórzano-Sánchez, M. (2020). Florence Nightingale en cuento. *Enfermería Avanza*. Recuperado de

<https://enfeps.blogspot.com/2020/02/la-amiga-del-soldado-herido-en-crimea.html>